

XV.

Luz de Libertad que apaga
la traición.

Durante el período de nuestra historia que encierra el tiempo comprendido, de la caída del General Díaz al cuartelazo de la Ciudadela, se desarrollaron acontecimientos muy notables, siendo en algunos de ellos protagonista el Clero, que en esta ocasión se nos presenta con el suave nombre de "Partido Católico Nacional".

Y aquí del refrán que dice: "No hay enemigo pequeño". En efecto, muchos hubo que demasiado optimistas, juzgaron inofensivo al partido conservador, considerándolo muerto, y el desenlace de los acontecimientos posteriores, vino a confirmar todo lo contrario.

Derrumbado estrepitosamente el viejo régimen, encarnado en el no menos viejo Don Porfirio, trajo por consecuencia lógica tal aconte-

cimiento, el despertar del pueblo, que dormía desde hacía más de tres lustros. La sacudida por lo inesperado fué terrible: la lucha armada se ha prolongado por varios años, en medio de los horrores del hambre y de la miseria, y aún con peligro de nuestra soberanía.

Pero no precipitemos los acontecimientos y volvamos nuestros pasos a la época en que da principio esta etapa de vida nacional.

Cierta ocasión, encontrándose el General Días de buen humor, tuvo una entrevista con Mr. Creelman, periodista americano, y virtió candidamente algunas declaraciones, que poco después dieron margen a que se formaran en la República varios partidos políticos, que intentaron poner en práctica la democracia, toda vez que, el mismo Presidente de la República, había confesado que el pueblo mexicano estaba ya apto para el ejercicio de sus derechos.

Surgieron desde luego varias opiniones dominantes: quienes, que era conveniente trabajar por candidatos distintos a los que entonces ocupaban los altos puestos de la Nación; quienes, que lo más prudente (?) era trabajar únicamente por un nuevo Vice-presidente, dejando a Don Porfirio en consecuencia comodamente en su lugar; y quienes, por último, obtaban por la reelección.

Los segundos contaron desde luego con una inmensa mayoría; pues el pueblo, cansado ya del monótono gobierno Porfirista, anhelaba un cambio, aunque este fuera tan solo en la Vi-

ce-presidencia, ocupada a la sazón por Don Ramón Corral, persona que se había conquistado la antipatía general. El candidato para tal puesto surgió en la personalidad del Gral. Bernardo Reyes.

La República entera, puede decirse, aceptó desde luego a este candidato, pues no se trataba precisamente de hacer una selección, sino de buscar la persona que, teniendo cierto prestigio, pudiera llevar a las urnas electorales la mayoría de votos. En consecuencia, los trabajos dieron principio con el mayor entusiasmo por la fórmula Díaz Reyes.

Más, no se contaba con la venia del Gral. Díaz, y este buen señor, puso pronto obstáculos a los trabajos políticos que no se guiaran por la fórmula del cientificismo, Díaz-Corral; y el General Reyes, falto de valor civil para enfrentarse con una situación difícil, o demasiado complaciente con su amo, renunció públicamente la candidatura que el pueblo le ofrecía.

En un principio se creyó que el General Reyes haría valer sus derechos, pues so pretexto de veranear se fué a Galeana, N. L., lugar estratégico por naturaleza y que podía ventajosamente ser la cuna de una revolución; pero sea que no tuviera confianza en una aventura semejante o que su respeto al General Díaz lo vedara para levantarse en armas, lo cierto es que abandonó su residencia provisional y marchó rumbo al extranjero, al desem-

peño de una comisión (?) que el Ejecutivo de la Unión le confirió.

Este acontecimiento echó por tierra los proyectos del Partido Reyista; y todos aquellos, que sin ser reyistas, estaban dispuestos a trabajar en ese sentido, por tal de obtener algún cambio en la política, se adhirieron a los que buscaban un cambio completo, sea a los antirreeleccionistas.

A partir de la fecha en que el General Reyes abandonó el País, surgió a la palestra un nuevo partido y un nuevo caudillo: el Partido Antirreeleccionista y Don Francisco I. Madero.

A pesar del fracaso sufrido, al surgir el nuevo partido los ánimos reaccionaron y de todas partes llegaban adhesiones al Centro Antirreeleccionista, radicado en la Ciudad de México. Los Clubs pronto se multiplicaron, y llegó a tanto el entusiasmo, que puede decirse que no hubo pueblo en la República, que no tomara parte a favor de esta causa.

Una vez hecha la propaganda debida, se celebró una gran junta en la Ciudad de México, compuesta por delegados de las diferentes sucursales del Partido, de donde surgió la candidatura que se había de sostener en los comicios, figurando como Presidente Don Francisco I. Madero y como Vice Presidente Don Francisco Vazquez Gómez.

La opinión pública se fue encausando del lado de los antirreeleccionistas, en contra de un reducido grupo de personas que trabajaban

por la reelección y que con sus procedimientos sucios, se hacían cada día más odiosas.

Se bautizó a esta agrupación con el nombre de Partido Científico, por contar entre sus miembros a muchos intelectuales y capitalistas que habían mamado sus fortunas en la pródiga ubre del presupuesto.

Los trabajos siguieron su cauce; pero alarmados los reeleccionistas por los progresos de sus contrarios, se aprestaron para hacer una guerra sin cuartel, contando para ello con el apoyo oficial; así que muy fácil les fué extender sus trabajos, entre el elemento gobiernista, a través del territorio nacional. La prensa, en su mayoría, obedecía órdenes de ellos, y en sus campañas en contra del elemento independiente, casi toda usaba de lenguaje intemperante; pero hubo un periódico en la Capital llamado "El Debate", que batió el record, como soez.

Hecho esto, creyeron que el peligro estaba conjurado; pero se equivocaban, porque Madero y Vazquez Gómez recorrían la República en viajes de propaganda, siendo aclamados en todas partes por las multitudes.

Las fiestas del centenario, vinieron a poner un paréntesis de aparente calma, acallándose en las antesalas ministeriales, con el entusiasmo pagado, el grito del pueblo ansioso de libertad. Los cortesanos no se daban un momento de reposo, poniendo ante los ojos de los extranjeros las mil maravillas hechas por obra de la fecunda paz: las kermesses, ban-

quetes y bailes se sucedían con pasmosa frecuencia, derrochándose el tesoro nacional sin miramiento alguno, mientras el pueblo perecía de hambre.

Pasada esta, que llamaremos borrachera gubernamental, volvieron los esbirros a fijar sus ojos, aún rojos por el exceso de los placeres, en las masas populares, que se movían amenazando terminar con aquel estado de cosas. Y al ver que los elegidos del pueblo iban de triunfo en triunfo, temblaron los caciques; y pretorianos y asalariados se confabularon para exterminar la iniciación democrática.

Las persecuciones dieron principio. Todo aquel que había hecho profesión de fé contra el régimen constituido, era perseguido, sin que para atenuar su falta, valieran su honradez y sus buenas constumbres.

Madero mismo, después de las brillantes giras en que se diera a conocer en casi toda la República, fué aprehendido en la Ciudad de Monterrey el día 7 de Junio de 1910. A los pocos días fué trasladado a la Penitenciaría de San Luis Potosí, en donde se le formó proceso por delitos imaginarios.

Lo que pasó después todo mundo lo sabe. La evasión del señor Madero, la revolución inspirada en el Plan de San Luis Potosí: y su triunfo conforme al tratado de C. Juárez, Chi.

A grandes razgos hemos referido los acontecimientos, desde que el General Díaz le hizo el honor al pueblo mexicano declarándolo apto para el ejercicio de sus derechos, hasta

el triunfo de la revolución, en virtud del cual se hizo cargo interinamente del poder general de la Nación, Don Francisco León de la Barra.

Tan luego como el señor Madero, al frente del ejército insurgente, entró a la Ciudad de México, todos los habitantes de la República contaron con las más amplias garantías, y los ciudadanos pudieron hacer uso de sus derechos con entera libertad, no faltando quienes, abusaran de tales prerrogativas, confundiendo la libertad con el libertinaje.

Los partidos políticos volvieron a surgir y aquí de la maravilla. El Partido Conservador, que hasta entonces había guardado una actitud expectante, considerando que el momento era propicio para salir a cruzar sus armas en el campo de la política, se engalana de blanco y se presenta con el santificado nombre de Partido Católico Nacional. Como a nadie se escapará, tal cambio de nombre no significa cambio de ideas ni de propósitos; pero creyeron de esta manera distinguirse del famoso Partido Conservador que tan funesto ha sido para nuestra Patria. La farsa fué muy burda y por eso nadie tragó el anzuelo.

La libertad surtía sus efectos. Los enemigos del progreso y de la Patria, salían a campo descubierto a luchar por sus principios. No más trabajos solapados, no más miedo. El púlpite pronto se convirtió en tribuna política, los sermones se trocaron en discursos, y las

misas y rosarios en francas propagandas políticas.

El Arzobispo de México desplegó toda su actividad y puso toda su inteligencia y dinero al servicio del partido. Las circulares y cartas pastorales salían de sus manos a millares para toda la República; su despacho era un centro al que concurrían diariamente un sinnúmero de políticos, llevando y trayendo programas, circulares, manifiestos e instrucciones en general; todo se hacía con actividad y con entusiasmo. De allí salían los mil hilos que movían a los flamantes directores del llamado partido católico.

Los liberales comprendieron la necesidad de contrarrestar a enemigo tan temible y se agruparon en fuertes núcleos, trabajando de acuerdo con los antirreeleccionistas, logrando así reunir tal número de elementos, que se hizo imposible su derrota. Los católicos a pesar de su miopía, así lo comprendieron y ocultando sus verdaderas intenciones apoyaron a los candidatos liberales: Madero y Pino Suárez.

Para esto debemos manifestar, que en una nueva convención verificada en la Ciudad de México, salió triunfante la fórmula arriba mencionada, en la que se vé. quedó fuera el Dr. Vázquez Gómez, que figuró al lado de Madero al iniciarse la revolución, como Vicepresidente.

Puede decirse que por esta vez no hubo lucha política, pues la Nación, casi por unani-

midad, dió su voto por Madero y en consecuencia por Pino Suárez, quien en honor de la verdad, no contaba con simpatías tan generales.

Triunfante la causa del pueblo, tomaron posesión de sus puestos los nuevos mandatarios, a fines de 1911.

Aquí da principio de una manera franca y llana la era de libertades; era en que tanto se abusó de la palabra democracia. Los pretorianos, los burgueses, los clericales, todos aquellos que no tan sólo estuvieron conformes con el régimen caído, sino que le prestaron toda su ayuda, ahora combatían al Gobierno más demócrata que México ha tenido. con la mayor saña y mala fé. A la más insignificante falta de un mandatario le daban proporciones colosales; y en una palabra, todo lo que del Gobierno se derivaba, para aquella gente que siempre había vivido con la espina dorsal doblada, significaba una arbitrariedad y un atropello a las garantías individuales.

Nada los contuvo, ni el respeto a la sociedad, ni el debido al Primer Magistrado de la República. Los complots y las revoluciones eran preparadas y alimentadas por los periódicos reaccionarios, en la misma Capital de la República. Individuos de reconocida manse dumbre, pronto se convirtieron en Dantonés y Robespierres. Las tribunas callejeras eran un semillero de intrigas y desacatos, en que se rendía ferviente culto al libertinaje. Y lo que es más doloroso, los Diputados al Congre-

so de la Unión, salvo honrosas excepciones, convirtieron la tribuna en un centro de desahogos. Continuamente se pronunciaban discursos incendiarios sin motivo alguno, tan solo por desviar el curso de la opinión pública, favorable al Gobierno. ¡Libertad! ¡Libertad! clamaban todos; y de esta palabra se servían para cometer toda clase de atentados, ateniéndose a que el Gobierno, sintetizado en la personalidad de Madero, daba aún más libertad que la comprendida políticamente en esta palabra.

Los llamados católicos todos aquellos que se habían constituido en agrupación política, marchaban a la cabeza de la reacción, ya apoyando al infidente Oozco, al Gral. Félix Díaz, o trabajando descaradamente desde el púlpito y la prensa, por el derrocamiento de la Constitución y de las Leyes de Reforma.

En toda la República extendieron su pernicioso influencia, fundando clubs con más o menos éxito, aunque en la frontera Norte nada notable pudieron hacer, pues el pueblo en general es eminentemente liberal. En la Ciudad de Monterrey, por ejemplo, fijaron en las esquinas grandes cartelones y repartieron programas sugestivos, invitando al pueblo a una junta para proceder a la instalación de una Sucursal del Partido Católico Nacional. Y a pesar de todos los anuncios que profusamente se repartieron, no lograron reunir la suficiente cantidad de ciudadanos para instalar siquiera la mesa directiva.

Decepcionados por este fracaso, que fué la más completa muestra del sentir público, se conformaron con seguir haciendo su propaganda por medio del púlpito, la prensa y las hojas sueltas.

En cambio, en el centro de la República, ya era otra cosa. Allí el sacerdote ha tenido siempre un gran ascendiente sobre el pueblo, y a ello se debieron los triunfos de los católicos en las elecciones de Diputados y Senadores a las Cámaras de la Unión.

Un buen número de estos funcionarios, en indigno maridaje con el Clero, contribuyeron a predisponer los ánimos en contra del Presidente Madero, y más tarde dieron su contingente en el nefasto cuartelazo de Huerta, a consecuencia del cual se interrumpió el orden constitucional que imperaba en el país.

Sobre este y otros acontecimientos que sacudieron a nuestra desgraciada Patria, muchos datos ha de tener el Arzobispo de México, Don José Mora y del Río; pero se los guardará ya que así conviene a su límpida fama de piadoso y manso pastor de almas.

Moría el régimen legal y con él moría también la luz de libertad, que por tan poco tiempo irradiara a través del territorio nacional; mientras que las llamaradas de nueva y formidable revolución, se retorcián en el espacio, como viva y roja protesta de tan monstruoso crimen.

XVI.

El Clero a Través de la Tragedia Roja

La nueva revolución encabezada por Don Venustiano Carranza, con el objeto de volver al País al orden constitucional, interrumpido a causa del cuartelazo de la Ciudadela, perpetrado en la segunda quincena de Febrero de 1913 tomaba cada vez mayores proporciones. En el Norte de la República se organizaban poderosos ejércitos revolucionarios, que caminaban de triunfo en triunfo. Mientras tanto, Clero y Gobierno, unidos en estrecho abrazo hacían acaparamiento de elementos para oponerse al triunfo de aquella magna revolución.

El órgano clerical "La Nación" trabajaba con ahinco para encausar la opinión pública a favor del Gobierno, que consideraba con sobrada razón, como salvaguarda de los inte-

reses de la Iglesia. El Gobierno, en cambio, prestaba al Clero todo su apoyo, permitiendo la organización de manifestaciones públicas, en las que, como en Guadalajara, menudearon los gritos de "viva la religión y muera la Constitución". Dichas manifestaciones se verificaron so pretexto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús—que nadie había insultado—a pesar de estar prohibidos expresamente tales actos por nuestra Constitución.

En la Ciudad de México se llevó a cabo una romería, el 11 de Enero de 1914, organizada por el Centro de Estudiantes Católicos. Si hemos de ser verídicos, diremos que la impresión que recibimos fué dolorosa. Tres mil personas, más o menos, desfilaron, en su mayor parte jóvenes inexpertos, que a pesar de sus pocos años, parecían viejos, agoviados ya por el peso de los años, y no jóvenes que principiaban la lucha por la vida: tan débil era así su aspecto físico como moral.

Naturalmente "La Nación" llenó sus columnas hablando de las enormes proporciones que había alcanzado aquella romería; y a la vez que esto hacía, no perdía oportunidad de atacar las instituciones liberales. Así, refiriéndose, aunque al caso no venía, a las fiestas del Centenario se expresaba en esta forma: "En efecto, nada separa más que la enemistad como nada une tanto como el amor. Por esto el México de hoy no es y no puede ser el México de 1810, por esto aquellas fiestas no fueron y no pudieron ser la expresión

de un regocijo suscitado al recuerdo de los acontecimientos de aquel año venturoso; nó, mil veces nó. Porque el México de hace tres años fué el enemigo más implacable del México de hace ya una centuria. O si no, decidme: ¿Es que se puede derribar con furor de réprobo las imágenes que adoraron nuestros padres, arrazar con odios sacrílegos los altares que sus manos piadosas levantaron, esclavizar y abofetear a la Iglesia, a quien ellos llamaron siempre con el dulce nombre de Madre y en cuyos santos brazos murieron, legislar contra la santidad del matrimonio que ellos reconocieron, conculcar las libertades que ellos conquistaron, prostituir la educación, envenenar a la infancia, degradar a los sacerdotes, y en una palabra, expulsar de nuestra legislación y de nuestra política y de todas nuestras solemnidades oficiales, como se expulsa a un intruso?"

Por lo transcrito se puede apreciar lo lejos que veían ya los clericales. Habían de la supremacía que había de tener la Iglesia en todo: de la injusticia al desconocer el Gobierno el matrimonio hecho por ella; de la educación laica de la niñez, que titulan de desastrosa; y por último, con dolorido acento se quejan de que la Iglesia fué expulsada de la legislación, de la política y de las solemnidades oficiales.

Principiaban a suspirar nuevamente por adquirir sus antiguas prerrogativas, con menoscabo naturalmente de nuestra Constitución y

Leyes de Reforma, que siempre han odiado, y sobre las que, en el mismo periódico "La Nación" se expresaban en estos términos: "Y notad bien el punto más doloroso: desde la promulgación de aquellas leyes nefandas que se incorporaron más tarde a nuestra Constitución de 57, México se había separado oficialmente, como un nuevo Pródigo, de la casa de Nuestro Padre Universal. Una a una había maltratado todas las joyas que de El heredara, una a una había ido perpetrando todas las infamias que marcan el camino hasta llegar a la total apostasía. Y llegó al fin y fué apóstata."

Por supuesto, que no predicaban en un desierto, el ambiente oficial les favorecía, ya que según todas las presunciones, contaban en el Gabinete de Huerta, con tres Ministros: Urrutia, Tamariz y García Naranjo. De este último, puede decirse que aún estaba algo indeciso; pero de seguro hubiera acabado por abjurar del liberalismo, que decía profesar, si dura algo más aquel estado de cosas. Al menos así lo indicaban los serios pasos que dió en ese sentido; y por desgracia ocupaba un puesto de tal importancia, que de poner en práctica las ideas que había esbozado en un discurso que pronunció en la Cámara de Diputados el 4 de Diciembre de 1913, hubiera ocasionado males sin cuento; pues se trataba nada menos que de reformar el programa de instrucción pública, en el sentido de introducir la religión como principio de enseñanza,

A este respecto "La Nación" llena del consiguiente regocijo se expresó en la siguiente forma: "Todos estos males, todas estas desdichas, todos estos estragos sembrados por el positivismo, que en vano denunciábamos día por día y hora por hora, perdiéndose nuestra clamante voz en un desierto sin ecos, por fin han podido tener una gran resonancia en el mundo oficial, merced a la solemne abjuración de la perniciosa doctrina, hecha en la tribuna parlamentaria, por el Lic. Nemesio García Naranjo, actual Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. El poeta y el pensador. a un tiempo mismo, creado bajo los parnasicos auspicios de Don Justo Sierra, no obstante esta filiación, ha sabido desligarse de todo prejuicio de escuela y de todo respeto humano, para pronunciar una hermosa requisitoria, en que las irisaciones de la poesía no alteran ni deforman la faz severa de la verdad." Más adelante dice: "No llega el señor García Naranjo a pronunciar el fallo condenatorio del laicismo, pues por más libre e independiente que sea su espíritu, experimenta ciertos escrúpulos que son como la huella que la esclavitud deja en los recién emancipados" Termina el artículo del que sacamos estas líneas, con la siguiente insinuación que ignoramos si la tomó en cuenta el señor García Naranjo: "Recomendamos al señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, que medite la enorme trascendencia de esa declaración final del discurso del

tribuno francés (1) No tuvo este la reticencia de una convención, de no pronunciar la palabra catolicismo, después de haber abominado de la neutralidad escolar. El señor Lic Nemesio García Naranjo sin duda para no erizar las cóleras del jacobinismo o del positivismo, unidos quizás en esta ocasión en un mismo clamor, no quiso formular la conclusión definitiva, después de haber señalado los vicios de la educación pública; es decir, que si esto ha de tener por esencia la moral y si la moral solo puede desprenderse del barro de la tierra cuando dirige las miradas al cielo, la Religión es entonces el enlace divino de todos los actos morales, y esta religión no puede ser otra, como afirma Victor Hugo, que la católica, la de la Iglesia. Sin embargo mucho es que un prominente funcionario haya pronunciado solemne abjuración del positivismo."

Por la propia confesión hecha en el párrafo anterior, puede apreciarse lo mucho que el Clero estaba ganando en el ánimo de los funcionarios del régimen Huertista.

No en vano clamaba diariamente el Clero, por la impiedad que decía lo invadía todo en las esferas oficiales, su voz de sirena iba conquistando adeptos. En las Cámaras de la Unión, que sucedieron a las disueltas el día 10 de Octubre de 1913, los tenía en gran nú-

1—Se refiere a Victor Hugo. El fin del discurso que cita es el siguiente: "Así pues, anhelo sinceramente, diré más, anhelo ardientemente la enseñanza religiosa, pero la enseñanza religiosa de la Iglesia."

mero, así como en los Ministerios, según hemos ya dicho. No es raro en consecuencia que soñara el Clero con que la enseñanza oficial muy pronto sería impuesta por la Iglesia, y que, como en los memorables tiempos de su Alteza Serenísima Santa-Ana, se le destinara en las fiestas oficiales un lugar de preferencia. También se imaginaba ver a los nuevos gobernantes, cambiar la protesta de Ley por el juramento ante un texto de la Biblia. Y sobre todo, con singular regocijo, esperaba ver arder la Constitución del 57 y las Leyes de Reforma, en monumentales piras en plena plaza de la Constitución. Creía ya muy próximo el día en que sería exterminado todo lo hecho por los liberales a costa de tantos sacrificios.

Hemos creído conveniente hacer mención del hecho concerniente al señor García Naranjo, por considerar que no fué ampliamente conocido, dado el estado anómalo por que atravesaba entonces el País; y por considerar además que se trata de un caso de suma importancia, y que podía, de haber continuado aquel estado de cosas, haberse convertido en un formidable golpe para el liberalismo.

Esto viene una vez más a demostrar la fuerza de persuasión que tiene el Clero, y en consecuencia el peligro que hay, de que personas, aun ilustradas, puedan ser sugestionadas, si es que no les acompaña una gran fuerza de voluntad.

Pasando a las generalidades podemos decir

que el Clero no se andaba por las ramas en aquellos tiempos. Atacaba la Constitución a ciencia y paciencia del Gobierno; abominaba la instrucción laica, y luchaba ardentemente por la desaparición de una y otra, como quien trata con desesperados esfuerzos, de desechar una pesadilla.

Ahora bien, si decir Clero es decir, riqueza, astucia y maldad, es decir también traición; porque nos ha traído las mayores calamidades, desde las más odiosas esclavitud, hasta la más injustificada invasión extranjera. Hace cincuenta años tenía a su servicio un Partido llamado Conservador, y debido a su negra historia, cambió este nombre por el de Católico Nacional; más sin que por ello cambiara su programa.

Profundizando un poco nuestras observaciones, llegamos a la finalidad de que el nuevo título del partido sirvió de red para atrapar incautos. El peligro era de presumirse, ya que nuestro pueblo es eminentemente católico, y dada su ignorancia, lo más fácil era que confundirse el dogma con la política, máxime cuando los sacerdotes, en sus propagandas, consideraban como a hereje a quien no se afiliara a su agrupación.

La Cámara de Diputados de Michoacán, fundándose en consideraciones de peso, sugeridas por experiencias de épocas anteriores, acordó proscribir al Partido Católico. Sobre este acto de estricta justicia, se expresó en los siguientes términos "La Nación" tantas

veces citada. Dic. 4 de 1913. "Cupo a la Cámara de Michoacán el alto honor, que en la historia de nuestra Patria quedará para siempre registrado, de ser la primera en la República en proscribir al Partido Católico, que tantas pruebas ha dado de mesura y honradez y que tantas muestras de respecto ha recibido de todos los hombres de orden, aún de allende el océano."

A falta de razones los sofismas salen a relucir. De inconsecuencia en inconsecuencia llega el mismo periódico a decir en el mismo artículo: "¿Porqué una agrupación política no ha de llevar el nombre de una religión respetable, si se le permite llevar la denominación de cualquier sistema filosófico, descabellado o utópico? ¿Qué se puede abusar la religión? Nadie lo duda, como se puede abusar de todo, hasta de los de más nobles sentimientos, como de la gratitud, por ejemplo. Pero si los señores diputados van a proscribir todos los nombres de que se puede abusar, dentro de breve tiempo no habrá en Michoacán sino partidos anónimos."

Está tan fuera de la lógica el párrafo antecedente, que la refutación se hace innecesaria. Diremos únicamente que al proscribir al partido católico, no se trataba de evitar el abuso de la religión, en lo que ha ella en si concierne, pues de esta siempre se ha abusado y evitarlo no es obra de una ley, sino de contener los males que eran de presumirse en el terreno de la política, al resucitarse viejos odios y dormidos rencores.

Tal previsión no estaba fuera de lo razonable y con el tiempo se ha venido a justificar ampliamente, pues hemos visto que durante esta larga revolución, han surgido varias gavillas de bandoleros al grito de "religión y fueros".

Pero la ambición del Clero no tiene límites, no admite barreras; y de allí que a pesar de no ignorar lo grave que es hacer de la religión una bandera política, como nos lo demuestra la historia, desoyó toda sugestión de la prudencia, y a ello se debe que, a pesar de estar las principales figuras de la Iglesia fuera del País, sigue sintiéndose marcadamente su malsana influencia.

Allá, por los albores de la democracia Maderista, con León de la Barra se vistió el Clero de blanco, y su mansedumbre parecía inofensiva. Pasó el tiempo y con Huerta se desenmascaró convirtiéndose en opresor. Allí estaba en su papel.

Y después de todo, esta dolorosa prueba a que estuvo sujeta nuestra Nación, dió oportunidad para que quienes confiaran en la regeneración del elemento conservador, se convencieran de que no es así, y que por el contrario sigue desplegando su acción corruptora. De este convencimiento debemos sacar las armas que nos sirvan en todo tiempo para defender las libertades conquistadas; pues si no se usan medios adecuados, a la vez que radicales, pasará un año, cinco o más, y volverá la amenaza terrible a cernirse sobre la vida de

nuestra Patria. Hay que temer todo de quienes han demostrado no tener ningún patriotismo y sí una ambición sin límites.

El Clero no duerme, sus garras están siempre bien afiladas y sobre el corazón de la Patria; toca a los liberales impedir que las clave.